

TÚ, YO Y EL ALZHEIMER.

Hola, ¿Quién eres? ¿Te conozco? No sé dónde estoy, ni de dónde vengo. Paseo por mis recuerdos y no veo nada... Está todo vacío, como si a lo largo de mi vida hubiese sido un bloque de hielo, sin sentimientos, sin amor... Pero pese a que no recuerdo nada, tengo una corazonada, creo que sí que he sido querido en este viaje... Me lo delatan los ojos tristes que me miran diariamente. A mi lado duerme una mujer muy bella; no sé quién es, pero me quiere mucho... y en sus ojos es en los que más hospitalidad y amparo veo hacia mí... He debido de importarla mucho... No me deja solo ni un momento, y cuando he de ir a ese edificio blanco siempre va conmigo.

Ese edificio blanco siempre tiene gente, y los que están en él siempre están tristes... A veces hasta veo llantos... No sé qué es ese edificio, pero creo que si vas a ese sitio, estás malito, y yo, pues, voy casi a diario...

El otro día quería salir yo solo de casa, pero no supe volver. Es como si cada segundo que pasara se me olvidase algo distinto... Me quedé parado en una calle, esperando que pasase alguien, pero no fue así.

Caminé un poco más y llegué a una plaza; dicen que es muy importante, pero claro, yo no me acuerdo. Me senté en un banco de madera a la espera de que pasara alguien para ayudarme. Creo que pasaron horas hasta que pasó una niña de aspecto simpático y afable que se dirigía hacia mí.

Me dijo "Hola abuelo", y yo me quedé un poco extrañado, ¿esa niña era mi nieta? No me acuerdo. La verdad, me sonaban sus rasgos, se parecía al hombre que veo en el espejo cada día, tenía sus ojos, su nariz y su sonrisa; pero no puede ser. ¿Cómo me va a llamar a abuelo si se parece a ese hombre del espejo?

Le dije que no sabía volver a casa y ella me guio.

Cuando llegué a mi morada vi a la mujer tan bella con los ojos llorosos, y antes de articular palabra, se lanzó a mis brazos y me lloró en el hombro.

La verdad yo no entendía por qué lloraba. Sólo había estado media hora fuera. Pero creo que no fue así. Creo que fueron cuatro o cinco horas y claro, ella se asustó. La niña que me había encontrado antes, decía que de mayor sería doctora para ayudar a las personas que estaban malitas como yo.

Días más tarde, la mujer que vive conmigo me llevó a un lugar en el que había mucha gente que no reconocía, pero ellos sí me conocían a mí. Sólo reconocí una cara, la de la niña que decía ser mi nieta. Vino corriendo hacia mí y me abrazó.

Fue extraño porque aunque decía ser de mi familia, no me acordaba de ella, pero aún así la abracé también, y al sentir mis brazos rodeándola, me abrazó con más fuerza.

Acabé muy cansado, todo el mundo me hablaba como si me conociesen de toda la vida, y yo ni siquiera sabía sus nombres. La mujer me decía que había sido una reunión familiar, que todas esas personas eran familia mía. En cuanto llegué a la casa me tumbé en la cama y me puse a dormir.

A la mañana siguiente ya tenía el desayuno en la mesa. Parece ser que ya era muy tarde, pues la mujer que vive conmigo ya estaba preparando la comida. El olor a lentejas inundaba toda la casa. Casi prefería un buen plato de lentejas en vez de un vaso de leche, pero todavía quedaban un par de horas para la comida.

Desayuné y nos fuimos a dar un paseo. Pero antes de irnos le pregunté su nombre, porque me resultaba extraño llamarla mujer. Me dijo su nombre pero al cabo de un rato se me olvidó.

Fuimos a pasear por un lugar muy bonito, que, según ella, yo ya había visitado.

Volvimos del paseo y olía aún más a lentejas que antes; ya estaban listas. Comimos y volvimos a salir al pueblo.

Allí nos encontramos a una chica muy guapa (de unos 30 años), acompañada de un hombre muy formal y dos niñas.

A una de ellas la reconocí al instante; era esa niña, la que me llamaba abuelo. Ya su lado se encontraba una niña, que parecía más pequeña. Decían que la chica era mi hija, y que las niñas eran mis nietas.

Pasado un cierto tiempo, fui otra vez al edificio blanco. Me estuvieron haciendo pruebas y cuando le dieron los resultados a la señora que vive conmigo no me dejaron estar y se fueron a otra sala. Cuando volvió la vi con las lágrimas en los ojos. Aún así, está muy bella. No sé porqué me quiere tanto.

Si tenía lágrimas en los ojos después de darle las pruebas, es que no eran buenos resultados.

Días más tarde, la mujer me trajo un pastor Alemán. Fue mi compañero, me despertaba cada mañana, me acompañaba a cualquier sitio, y gracias a él, podía salir solo, porque él me guiaba de vuelta a casa.

Cada mañana salía a pasear con mi nuevo compañero. Un día me propuse ponerle un nombre a mi mascota. No paraba de pensar, porque aunque se me olvidase más tarde, tenía que ser bonito, para que los demás, cuando yo no estuviera, me siguieran recordando cuando le llamasen a él.

Se me ocurrieron varios. Pero sólo uno me gustó. "Recuerdo". Y así llamé a mi perro. "Recuerdo." Para que no se me olvidase nunca, pues es un recuerdo que quiero tener en mi memoria el tiempo que me quede.

Un día estaba yo en mi casa, tumbado en mi sillón, y me encontraba muy mal. Se lo dije a la mujer. Ella hizo muchas llamadas de teléfono, y en menos de treinta minutos mi casa se llenó de personas. Decían ser mi familia.

Me entró somnolencia y me quedé dormido. Tuve un sueño muy raro, estaba en el cielo, hablando con un señor con barba. El mismo que estaba en los cuadros que tenía en mi casa.

Desde allí se veía mi salón, con todas esas personas llorando alrededor mío. Pero no puede ser, qué sueño más raro... ¡no puede ser! Me están viniendo recuerdos a la cabeza... ¡imposible! Esa mujer tan bella es mi esposa. ¡Quién me lo diría! ¿Pero qué pasa? No me puedo despertar. Llevo horas en este sueño. Parece muy real.

Estoy viéndome, me están guardando en una caja de madera... , me están metiendo en un coche. ¿Pero qué hago aquí? Estoy en el cementerio, rodeado de flores y personas llorando. Me están enterrando, pero no puede ser, si solo estoy dormido.

Pero es un sueño eterno, ya no pertenezco al mundo de los vivos. Sí, estoy dormido, pero dormido para siempre. Parece que lo último que se me olvidó, fue respirar. Ahora cuidaré a las personas que me quieren desde donde quiera que esté.

A través de la pantallita por la que veo lo que pasa diariamente puedo ver a Recuerdo, mi perro, que me va a visitar cada día al cementerio. Cada día va a un jardín y me coge una flor. Siempre la pone encima de mi tumba, por debajo de las letras. Bueno, siempre lo hacía, hasta que, después de unos años está aquí, conmigo, donde llevo bastante tiempo ya.

Y sí, estoy dormido, dormido para siempre.

